



La sirenita

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Adaptación e ilustraciones
DANI TORRENT

Calligraf

La sirenita

Dani Torrent

Edicions Cal·lígraf
Figueres, 2018

Primera edició — abril 2018

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1er 1a
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Maquetación

Jaime Vicente

Corrección

Eva Muñoz

Impresión

Reprogir

ISBN

978-84-948368-3-1

Depósito legal

GI-428-2018

© del texto

Dani Torrent

© de las ilustraciones

Dani Torrent

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización por escrito
de los titulares del copyright, la
reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el tratamiento
informático.*

La publicación de esta
obra ha recibido el apoyo
de la Diputación de Girona.



Diputació de Girona



La sirenita

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Adaptación e ilustraciones
DANI TORRENT

Calligraf

Bajo la superficie del mar reina la calma, la luz se tamiza y los ruidos de la ciudad apenas resultan audibles. Allí el agua es tan profunda, que si lanzáramos el ancla nunca llegaría al fondo. Se deberían colocar infinitud de rasca-cielos, uno sobre el otro, para que, desde abajo del todo, llegaran a la superficie.

Pero no penséis que el fondo del mar es solo arena blanca y helada; allí también crecen árboles y plantas maravillosas, de hojas flexibles y ondulantes, que al más mínimo movimiento del agua se mueven como si tuvieran vida. Todo tipo de peces, grandes y pequeños, se deslizan como hacen las aves en el aire. Y en medio de todo eso, se levanta el palacio del rey del mar.

El rey, viudo hacía ya tiempo, se había tenido que encarar, con la única ayuda de su anciana madre, no sólo de los asuntos de palacio sino también del cuidado de su prole, las seis princesas, extraordinarias criaturas que nadaban en las aguas.

Un biólogo que las viera no sabría cómo clasificarlas, pues si bien la parte superior del tronco era tan humana como la nuestra, de cintura para abajo no eran ni como los hombres ni como las mujeres, sino que su cuerpo acababa en una esplendorosa cola de pez. Estos seres delicados y admirables eran llamados sirenas.

Las princesas se pasaban el día jugando en las inmensas salas de palacio. Cuando se abrían los grandes ventanales, los peces entraban nadando, como hacen las golondrinas en nuestras tierras cuando abrimos las ventanas de casa. Los peces se acercaban a las princesas, comiendo de sus manos y dejándose acariciar.



Delante del palacio había un gran jardín con árboles de color rojo fuego y azul marino; sus frutos brillaban como el oro, y las flores parecían llamas, por el constante movimiento de los peciolos y las hojas. Cuando no soplaban el viento, se veía el sol.

Cada una de las princesas tenía, en el jardín de palacio, un espacio que podía cultivar como le placiera. Una había dado a su espacio forma de ballena; otra prefirió que tuviera forma de sirena. En cambio, la menor la hizo de forma circular, como el sol, y todas las flores eran rojas como él. Era una joven algo extraña, callada y pensativa, y aparte de las flores rojas sólo colocó en su parte del jardín una estatua que había caído al mar durante el naufragio de un barco. Tenía la forma de un joven hermoso.

Una de sus mayores alegrías era escuchar relatos sobre el mundo de los humanos; su abuela le contaba todo lo que sabía sobre los barcos, las ciudades, los hombres y los animales. Ella se quedaba pensando en el mundo de la superficie, lleno de aromas y ruidos.

—Cuando cumpláis los quince años —decía la abuela— podréis subir a la superficie, sentaros sobre las rocas a la luz de la luna y ver las grandes embarcaciones, los bosques y las ciudades.

